

LA RECEPCIÓN CRÍTICA DE LOS
*POEMAS DE LA GLORIA, DEL AMOR
Y DEL MAR*, DE TOMÁS MORALES
(1908)

ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA
Universidad de La Laguna

A Rafael Cabrera Hidalgo

RESUMEN

La publicación de *Poemas de la gloria, del amor y del mar* (Madrid, 1908), primer libro del poeta modernista español Tomás Morales (1884-1921), supuso un acontecimiento de singular importancia en el contexto de la lírica española de comienzos de siglo. Algunos de los mejores críticos del momento otorgaron al libro una «recepción» casi unánimemente entusiasta. En este artículo se examinan las ideas centrales manejadas por los reseñadores y los comentaristas, y se reconstruye el significado histórico-crítico de aquella recepción, que constituye un relevante capítulo de la historia del Modernismo hispánico.

ABSTRACT

The publication of *Poemas de la gloria, del amor y del mar* (Madrid, 1908), Spanish Modernist poet Tomás Morales's first work, was an important event in the

field of Spanish poetry at the beginnings of the century. The work was very well received by some of the best critics. The aim of this essay is twofold: an examination of the central points defended by critics and reviewers together with a reconstruction of the historical meaning of the critical reception.

La aparición en Madrid, a finales de la primavera de 1908, de *Poemas de la gloria, del amor y del mar*, primer libro de Tomás Morales, fue saludada —para decirlo con palabras de uno de los primeros comentaristas que el volumen suscitó— como «la revelación de una poderosa personalidad poética» en la escena literaria española de la época. No eran éstas, ni mucho menos, las fáciles y ditirámbicas palabras de un cierto estilo periodístico muy extendido en aquellos años. Al contrario: el reconocimiento crítico —de la crítica seria— rozó la unanimidad, un reconocimiento en el que sin duda influyó el poema de Salvador Rueda «El poeta futuro. Tomás Morales», publicado en el *Heraldo de Madrid* del 22 de marzo de ese año, que hablaba de la «inspiración no vista» del lírico canario. Aunque dentro de una frase interrogativa, esas y otras entusiastas palabras de Rueda (en un poema que era, sin embargo, más bien característico de la incontenible verbosidad a la que tendía el autor de *En tropel*) no podían ser pasadas por alto precisamente el mismo año en que Andrés González Blanco publicaba su voluminoso *Los grandes maestros. Salvador Rueda y Rubén Darío*, es decir, en el momento en que el poeta malagueño gozaba de su mayor prestigio. El propio González Blanco, en un artículo de la revista madrileña *Nuestro Tiempo*, no pudo menos que hablar de «la revelación de un poeta nuevo que merece un muy alto puesto entre sus colegas, Tomás Morales».

Las presentes notas se proponen repasar las reseñas y comentarios que sobre los *Poemas...* se publicaron en la prensa peninsular y canaria del momento con objeto de reconstruir (en la medida más

bien relativa, sin embargo, en que ello es hoy posible) una fase decisiva de la trayectoria poética de Tomás Morales; una fase que, por lo demás, resulta extremadamente importante desde el punto de vista de la evolución de los lenguajes poéticos del siglo XX. Reconstruir, en efecto, el «entorno» crítico de la publicación de los *Poemas de la gloria, del amor y del mar* no significa sólo volver sobre un relevante capítulo de la historia del modernismo español e hispánico (pocos libros de poemas de ese periodo despertaron el interés y la curiosidad que la crítica mostró hacia el libro del poeta canario): significa también calibrar las razones por las cuales se vio en Morales a un lírico renovador del lenguaje poético de la época; y significa, en fin, examinar, siquiera sea de paso, los hábitos intelectuales de la crítica española en ese preciso periodo, o al menos los de algunos reseñadores y comentaristas; varios de los que hablaron de *Poemas* se contaban, sin duda, entre los más destacados representantes de la crítica literaria en España a comienzos de siglo.

Aunque ya algunos estudiosos de Morales han hecho mención —sucinta y muy insuficiente mención, en todo caso— de estos tempranos testimonios de la recepción de los *Poemas...*¹, conviene ocuparse de ese conjunto de notas críticas en función de su evidente importancia, con el detenimiento y la atención que no se les ha concedido hasta hoy; el examen de esos comentarios se vuelve, en realidad, indispensable para entender la verdadera significación histórica de los *Poemas de la gloria, del amor y del mar*. Se trata de una veintena de textos, de los cuales aproximadamente la mitad resultan reveladores en más de un sentido. Cuatro de ellos (cuyos datos se recogen en la nota final de este estudio) deben quedar al margen de nuestro repaso porque, aun ofreciendo algún dato de interés, carecen de verdadera entidad crítica. Resumimos aquí, según un estricto orden cronológico, lo que nos parece más significativo de cada uno de los dieciséis artículos restantes.

La más temprana referencia crítica a los *Poemas de la gloria, del amor y del mar* se produjo ya en fechas inmediatamente anterior-

res a la publicación del libro. Se debe al escritor y abogado tinerfeño Luis Rodríguez Figueroa (1875-1936), quien, con su pseudónimo habitual de Guillón Barrús, escribió en *El Progreso* de Santa Cruz de Tenerife, el 3 de diciembre de 1907, una nota, titulada «Literatura», en la que se hacía eco del anuncio por el *Diario de Tenerife*, apenas unos días antes, de la inmediata publicación de *Los poemas del mar* (*sic*) de Morales. La nota de Rodríguez Figueroa fue reproducida por el *Diario de Las Palmas* el 18 de febrero. Aunque se trata, sobre todo, de una llamada de atención sobre el poeta grancanario y de una apasionada queja sobre lo que el autor llama la «indiferencia» de sus paisanos hacia todo fenómeno cultural, la nota de Rodríguez Figueroa no deja de aludir al «ritmo pleno y amplio de las estrofas» de Morales, que dice conocer a través de la *Revista Latina*, en cuyas páginas, afirma, las ha leído «hace apenas unos veinte días»². El escritor tinerfeño cree ver en Tomás Morales y en Matías Real (1886-1937) los dos nuevos poetas que «harán sonar el nombre del Archipiélago en los labios de la musa castellana». Son dos poetas, piensa, de «opuesta orientación» («El uno, Real, es la sensibilidad y el sueño; el otro, Morales, es la naturaleza, la fuerza serena que Reinach, el gran crítico, hace generar en Fidias»). La nota de Rodríguez Figueroa —como, antes, la anónima del *Diario de Tenerife*— no hacía más que suscitar una creciente expectación en torno al libro, una expectación que, como ha podido verse, se debía ante todo a los poemas que Morales venía adelantando en diarios y revistas del momento, muy especialmente la *Revista Latina* de Villaespesa.

Antes, asimismo, de la publicación del libro de Morales vio la luz en Zaragoza (*Azul*, 21 de abril de 1908) un artículo titulado «El poeta del mar», escrito por Leocadio Martín Ruiz, a quien se debe igualmente otro comentario crítico sobre el libro al que nos referiremos más tarde. Poco sabemos del autor del artículo, salvo que, como él mismo dice en su segundo escrito, era un asiduo de las tertulias madrileñas (*Maison dorée*, *Lyon d'Or*, *Gato negro*) a las que también acudía Morales y en las que éste acostumbraba a leer públicamente

sus nuevos poemas. «Tomás Morales —escribe Martín Ruiz—, el joven poeta a quien hace pocos días consagró Salvador Rueda una hermosísima composición poética en las columnas de *Heraldo de Madrid*, va a publicar su primer libro: *Los poemas del mar, del amor y de la gloria*. Bienvenido el libro ese; ya lo esperábamos...». Quiere el articulista «dedicarle unas líneas antes de que venga al público» porque, sin duda, «ha de constituir una nota muy saliente en nuestro círculo literario». Y es que «el joven bardo va a presentarse hecho, en plena flor primaveral, fuerte y altivo, justamente campeón». Con el artículo de Martín Ruiz comienza ya a circular en letras de molde la idea de que lo más granado y original de la inspiración del poeta canario se halla en sus versos de tema marino. En efecto: «El poeta nos dirá bellamente de cosas de gloria y de amor, pero su obra, la que ha de darle los halagadores besos del triunfo, está en sus cantos marinos». Parece claro, pues, que un rasgo sobre el que la crítica mostrará más tarde un casi general acuerdo, según habrá de verse en seguida —el hecho de que el «gran» Morales es el de los ‘Poemas del mar’—, ya era cuestión tiempo atrás determinada y unánimemente reconocida en ciertos ámbitos de la capital española.

Carmen de Burgos (1867-1932), escritora a cuyo círculo madrileño, como es sabido, se hallaba Morales fuertemente vinculado, inauguró la larga serie de reseñas propiamente dichas. La suya se publicó en el *Heraldo de Madrid* el 8 de junio. Para «Colombine», *Poemas de la gloria, del amor y del mar* es un «hermoso libro» que «aporta algo nuevo, hermosamente nuevo». Subraya que los sonetos marinos, «enérgicos y musicales en la forma, sanos en el fondo», son de «una suprema belleza», y que encierran «Cuadros admirables de poesía, que nos dan la sensación de las olas del Atlántico y el perfume de las algas marinas». Transcribe el soneto «Agua y cielo, borrascas, muelles abarrotados...» para que el lector entienda por qué, para ella, «Las otras dos partes del libro no están a la altura de esta última»; «a pesar de ser inspirados y bellos», los poemas de esas otras secciones «son inferiores a los poemas del mar». A juicio de la escri-

tora almeriense, Tomás Morales «siente más el amor a la Naturaleza, al mar bravío o dormido, a las rocas, los muelles y las playas de su hermoso país; comprende [más] las almas sencillas y buenas de los marineros, de los viejos lobos de mar, que el amor a la gloria o el amor a las mujeres». Da, por último, un saludo de bienvenida al poeta «que trae tan hermoso caudal de bellezas y esperanzas a la poesía española».

Los paisanos de Morales no tardaron en hacerse oír. El 9 de junio, Luis Doreste Silva (1882-1971) publica un artículo en *El Globo* de Madrid en el que, como «Colombine», subraya la aparición de «un nuevo poeta original y fuerte». Para él, «Entre los nuevos, Tomás Morales conquista [con su libro] lugar preeminente, sobre todo por tener una condición de que carecen la mayoría de nuestros poetas jóvenes: ser enteramente original, y... traer, a mi concepto, una nota nueva a la poesía castellana con sus 'Poemas del mar'». El crítico alaba la originalidad de los poemas marinos de Morales y los compara con los «lindos versos» al mar de don Gaspar Núñez de Arce. Doreste deja en la mente del lector la idea de que, al contrario que el autor de *Gritos del combate*, en el que dominan las «sensaciones subjetivas», el poeta canario «canta con un estro nuevo y magnífico la vida de los puertos, los mares y los hombres de mar, y sus estrofas, llenas de color, vibrantes, impregnadas de un sentimiento fuerte a ratos, van sucediéndose con una mezcla de sensaciones objetivas y subjetivas, con predominio de las primeras». Son «primorosas» esas estrofas «impregnadas de sentimiento, repletas de amplias visiones de la vida del mar en todos sus aspectos». Después de transcribir numerosos fragmentos de los 'Poemas del mar', siente Doreste la necesidad de insistir en que es en éstos donde Morales «se revela como un gran poeta, original y dueño de la rima», pues los 'Poemas del Amor y de la Gloria', afirma, «con encerrar muy hermosas composiciones, como las 'Rimas sentimentales', por ejemplo, poesías de una frescura e ingenuidad preciosas, me parecen inferiores por ser, desde luego, menos originales, y denotar la imperfección

de los versos primeros». Sin embargo, ya «el poeta ha conseguido ser con sus ‘Poemas del mar’ lo que no acostumbran desde mucho tiempo los poetas noveles en España: *ser nuevo y traer novedades*, que es algo más que publicar un buen libro de versos a secas».

Del comentario de Doreste Silva cabe subrayar, sobre todo, la pertinencia de la observación relativa al «objetivismo» y al «subjetivismo» de la inspiración de Morales, esto es, a los dominios de lo parnasiano y lo simbolista, respectivamente, que aparecen combinados en Morales. De ellos, el sentimiento «predominante» en Morales es, para Doreste, el objetivo-parnasiano. Otro crítico canario, Manuel Macías Casanova, retomará con inteligencia esta importante cuestión, según podrá verse luego. El deslinde y, en más de un sentido, la complementariedad de lo parnasiano y lo simbolista fue uno de los más importantes objetos de discusión literaria en la época.

Apenas unos pocos días más tarde, el 15 de junio, aparece en el *Diario de Las Palmas* un comentario de Francisco González Díaz (1864-1945) bajo el título «Los jóvenes poetas. Tomás Morales». No quiere González Díaz, dice, hacer allí el «estudio profundo» que merecen los *Poemas...*, sino tan sólo enviarle al autor una urgente felicitación. Perdido en el laberinto de la retórica del elogio, González Díaz apenas acierta a decir, en la primera parte de su artículo, que los *Poemas...* constituyen un «hermoso tomo de versos» en el que Morales demuestra poseer «el secreto del colorismo más rico, variado y espléndido» y dominar «los matices infinitos de la expresión», así como saber hacer «con la palabra rimada juegos policromos y luminosos». Como Rodríguez Figueroa, conocía nuestro articulista a Morales «fragmentariamente» a través de «sus composiciones publicadas acá y allá y habíale leído, sobre todo, en la *Revista Latina*». A sus oídos habían llegado ya las «predicciones» que le auguraban al joven poeta un importante lugar entre los líricos españoles del momento.

Más interesante es la segunda parte de su comentario. Leemos aquí que

Morales pertenece de lleno a la escuela literaria que, en fuerza de añadir cuerdas a la antigua lira, ha hecho de ella un instrumento sumamente complicado y delicado, de muy difícil manejo; un instrumento de finura y precisión maravillosas. Registra hasta los más leves tonos de las ideas y hasta los grados más fugaces e inciertos de las sensaciones. Se afecta con todo lo que representa vida... La poesía nueva reproduce las palpitaciones, las turgencias, los sacudimientos, las deformidades y las rebeldías de la carne humana bajo la dictadura del espíritu. Su eficacia interpretativa no perdona detalle ni aspecto de la trama vital, por ínfimo que sea. Ha ensanchado y perfeccionado los medios; ha sutilizado y magnificado la forma, unas veces ligero velo, otras pesado manto, unas veces envoltura vaporosa, otras armadura férrea. Morales Castellano muévase con holgura en medio de las complicaciones de su poético *utilage* [sic]. Es un modernista que justifica al modernismo.

Ya por temperamento intelectual, ya por tratarse de un escritor formado en los gustos poéticos anteriores al modernismo, González Díaz muestra en estas palabras, más allá de su regusto retórico, una no acallada reserva ante la «complicación» y la «dificultad» del lenguaje modernista, pero también una voluntad de comprensión de la nueva «escuela literaria». Al hablar de las «rebeldías de la carne», no parece estar pensando sólo en el poema «Criselefantina» (uno de los más llamativos, por su tema erótico, de los *Poemas...*), sino también, de una manera más amplia, en la envolvente sensualidad del lenguaje poético todo de Morales. Por lo demás, es uno de los pocos críticos que no manifiesta especial preferencia por los ‘Poemas del mar’ ni establece jerarquías de «originalidad» entre las tres secciones del libro.

En el número del 20 de junio de la madrileña *Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes*, Blas J. Zambrano, por su parte, publicó con el título de «Los nuevos poetas», seguido del título y el nombre del autor, su parecer sobre el libro. Zambrano (padre de la filósofa María Zambrano) realiza un breve comentario en el que subraya el «general colorido melancólico» de los versos de Morales, propio de «los verdaderos poetas, desde Job hasta Heine», al tiempo que encuentra también en esos versos «una inquietud tan propia de

los hombres modernos que piensan *sintiendo*, esa exuberancia de ideas que se disputan en vano el dominio del espíritu». Morales «canta el amor, canta los recuerdos, canta el porvenir, canta el mar, canta los puertos comerciales, la moderna industria, las campanas de aldea y los huertos floridos en donde jugó de niño» y «es poeta siempre». Entre las composiciones que más han llamado su atención («no queriendo esto decir que sean las mejores») señala la «Dedicatoria», «La voz de las campanas», «La nieve en lentos copos...»; la «Final» de la primera parte, «La espada», «Criselefantina» («sentida, valiente, eufónica, de clásico pensamiento —amor físico exaltado y muerte serena en el amor—»), «Esta noche de lluvia» (*sic*) y, concluye, casi todas las del Mar, además de «Final», que considera «simbólica, muy hermosa».

Exactamente en el mismo día se publicaba en el *Nuevo Diario de Badajoz* una breve reseña de Julio Acha titulada «Poetas españoles. Morales. *Poemas de la gloria, del amor y del mar*». Nada hemos logrado averiguar hasta el momento sobre este Julio Acha. Como en el caso de Martín Ruiz, se deduce de su nota que frecuentaba los círculos literarios madrileños y que trataba de cerca a Rueda y a Villaespesa (en casa de este último dice Acha haber conocido personalmente al poeta canario). La nota se limita a decir poco más que dos cosas de interés: la primera, que eran «merecidos» y «muy justos» los elogios de Rueda y, en general, las esperanzas que el poeta había suscitado. En cuanto a lo segundo, véase en sus propias palabras la ya extendida opinión que conocemos sobre los ‘Poemas del mar’:

Los poemas del Amor y de la Gloria que forman a la cabeza del tomo son bellos, muy bellos, pero no llegan ni con mucho a los poemas del Mar, que es donde Tomás Morales derrocha las excelencias de su tesoro lírico. Nadie como él, de la manera que él, ha cantado la visión de las cosas marinas, porque, si ciertamente conocemos muchas odas «Al mar», no conocemos, sin embargo, quien haya escrito tan primorosamente versos de los puertos, los muelles y las gentes de mar. Todo elogio que de estos poemas pudiera hacerse resulta incoloro o *pálido ante la realidad* si ustedes quieren. Hay que leerlos.

Con el título de «El libro de un poeta» publicaba Fernando Fortún (1890-1914) en la madrileña *España Nueva*, el 26 de junio, uno de los más extensos comentarios que el libro recibió⁴. Movían a Fortún, lo sabemos, razones de proximidad poética, intelectual y afectiva, y justamente por eso sus palabras se vuelven especialmente significativas. «Tomás Morales —empieza diciendo— ha sido recibido como uno de los más altos líricos de la nueva generación.» La «personalidad original y fuerte» del autor hace de los *Poemas...* un «fruto maduro y lozano». Elogia a continuación los poemas de tema marino, que constituyen «la más importante» sección del libro «por la novedad e intensidad con que ha contemplado su autor ese universo complejo y pintoresco, todavía sin aprovechar en la nueva poesía castellana». Y es que «Fuera de algunos versos del montañés Amós Escalante y de una sección de las maravillosas *Elegías* de Eduardo Marquina, y en ambos con un carácter eminentemente subjetivo, no se ha hecho aquí nada del mar modernamente». Morales, continúa Fortún, «tiene una intensidad y una finura modernísimas». Y aclara: «No es un parnasiano, aunque algunos sonetos suyos parezcan obra de un discípulo de Heredia». Cree que «El mar es como un viejo camarada...» es «de las más bellas [poesías] que ha producido la lírica española contemporánea». Los sonetos de Morales son —piensa— «obras maestras»; parecen escritos «por un marinero, como aquellos admirables de otro hijo del Atlántico: Tristan Corbière».

Pero Tomás Morales, por otra parte, «no es sólo el cantor del mar». Para Fortún, «La primera parte de su libro —‘Rimas sentimentales’— es armoniosamente silenciosa y emocionante», con poemas definidos por la «pureza» y la «melancolía». Frente a los poemas marinos, «El fuerte poeta toma un dulce acento más débil, pero siempre bello». En cuanto a los ‘Poemas de la Gloria’, puede que éstos no sean «la parte más original del libro» y que encontremos en ella «alguna influencia»; sin embargo, son poemas «deliciosamente bellos», «como camafeos». A veces músico, como en «Serenata», otras veces «pintor suntuoso, como un veneciano» (ahí está «esa

engemada “Criselefantina”, impecable de ritmo y de forma»), Morales es, en todos los casos, «un poeta multiforme y grande». La referencia a Tristan Corbière nos interesa aquí de manera especial, pues el poeta de *Les amours jaunes* es aludido también —se verá en seguida— por Enrique Díez-Canedo (referencia reiterada, por cierto, en el prólogo de éste al volumen primero de *Las Rosas de Hércules*). Tales eran, en síntesis, las opiniones que sobre el libro de Morales formulaba Fortún, acaso el poeta que, junto a Villaespesa, más unido por lazos de amistad se encontraba al lírico canario en su periodo madrileño.

La excelente reseña de Enrique Díez-Canedo (1879-1944), publicada en el número de junio de la revista madrileña *La Lectura* (en la que ya había aparecido el poema «El mar es como un viejo camarada de infancia»), comienza con una alusión irónica a Rueda («No es de temer que Tomás Morales incurra en la maldición que fulmina en espléndidas estrofas el maestro Salvador Rueda») y pasa en seguida a elogiar la «clara y precisa visión de la poesía de las cosas» por parte de Morales, quien «Odia las palabras inútiles, la acumulación inoportuna de imágenes», y, en cambio, ama «la expresión familiar, la palabra evocadora, y sabe emplearlas en sus versos, dándoles así, no la forzada solemnidad del canto, sino el gustoso sabor de una plática seria». Una poesía no escrita para la declamación, sino, por el contrario, para brillar «con última luz, serena y firme, de lámpara familiar, en la lectura natural y discreta, prueba decisiva y terrible que revela el verdadero valor de una poesía».

En las ‘Rimas sentimentales’ observa el crítico

un sentimiento de naturaleza, un ingenuo gozo de vivir, semejantes a los que animan los versos de los franceses más jóvenes, de Léo Larguier, de Emile Despax, de Paul Géraldy, de Charles Derennes, desconocidos seguramente por Morales; coincidencia que nada tiene de extraño, porque la poesía francesa de hoy... es una derivación, iniciada por los Guérin, Jammes, Gregh, Noailles, presentida por Rodenbach y por Samain, de la poesía del simbolismo, aunque en cierto modo venga a rectificar sus teorías; y porque los simbolistas franceses han sido también maes-

tros de nuestra juventud. Lo que ocurre es que una de las tendencias francesas modernas, precisamente la que más podía apartarnos de Francia, la vuelta a los modelos fundamentales de la raza y del idioma, es la que nosotros hemos seguido; y por eso la poesía española actual, que muchos tildan de afrancesada, tiene, hay que repetirlo, firme entronque espiritual con la buena tradición española.

«Buen determinado aspecto español» tienen, añade Díez-Canedo, los ‘Poemas de la Gloria’. Aunque no deja de reconocer que la «abundancia lírica» de éstos será, para muchos, «el primer atractivo de este nuevo libro», el crítico prefiere las otras dos secciones, más próximas a «la gloriosa, la maravillosa, la divina realidad humana». En relación con ésta, son sencillamente «extraordinarios» los ‘Poemas del mar’, «la parte más sustanciosa» de todo el volumen, que representa «la revelación de una poderosa personalidad poética». El «ímpetu bravío» de «El mar es como un viejo camarada...» resume bien, a juicio de Díez-Canedo, el carácter de estos poemas.

Los sonetos son, como deben ser, aspectos, puntos de vista. La sobriedad, el desdén por la declamación, la fina aptitud para dar con el rasgo pintoresco, con la palabra oportuna, sobresalen en estas composiciones. Es un mar inédito el que Morales nos deja patente. Para encontrar una evocación tan completa hay que ir hasta los «Gens de mer» de Tristan Corbière, el raro poeta, o las únicas, admirables estrofas de la «Sinfonía en gris mayor», de Rubén Darío... un mar serio, nada sentimental, con su brutal rudeza y con su melancolía enorme... estos nombres exóticos, conservados en su ortografía y empleados como consonantes —*Liverpool, Singapoore*— añaden a la poesía un aroma indefinido de puerto, de jerga marinera y tabernaria, [y] despierta[n] en nosotros aquel sentimiento de ansias de huir, que tan hondamente supo expresar Mallarmé.

La insistencia de Díez-Canedo en la condena de la pomposa solemnidad, del estilo declamatorio y de las «palabras inútiles», en favor de la sobriedad, la «expresión familiar» y el lenguaje conversacional que dice encontrar en algunos poemas de Morales (pero no precisamente en los ‘Poemas de la Gloria’), hace pensar en la decadencia que empezaba a experimentar por entonces el modernismo más orquestal, y que libros como *Soledades. Galerías. Otros poemas*

(1907), de un Antonio Machado ya de vuelta de los rasgos más caedizos del brillo modernista (no de su poderosa dimensión simbolista, según se observa incluso en la segunda edición de *Soledades*), venían a situar en un primer plano. Tomás Morales parecía consciente de esa decisiva cuestión, y una cita de Machado al frente de las 'Rimas sentimentales' podría ser vista como una significativa señal. Esa cita venía, por otra parte, acompañada de otro posible índice de sus preocupaciones: la sección aparece dedicada a Juan R. Jiménez (que precisamente editaba en ese mismo año de 1908 sus *Elejías puras y Elejías intermedias*).

El mismo subrayado de los 'Poemas del mar' hallamos en la breve nota de «Silvio Lago», el madrileño José Francés (1883-1964), publicada en la *Revista Crítica* también en el mes de junio de 1908. «He aquí un poeta, un alto y verdadero poeta», leemos, que «Viene de la España lejana, del otro lado del mar». En opinión de este crítico asiduo de las tertulias madrileñas de la época, que ya había escuchado de labios de su autor una buena parte de estos poemas, la última parte del libro debería «constituir no sólo la primera, sino la única». Tan drástica opinión se apoya en la idea de que es solamente en los 'Poemas del mar' donde Morales tiene su «verdadero trono de poeta». Hay en ellos «una intensa palpitación orquestal y pictórica, hay una emoción nueva, un nuevo camino de belleza, por el cual sólo debe transitar este Tomás Morales».

Entre quienes se ocuparon de los *Poemas...* no podía faltar Eduardo Gómez de Baquero (1866-1929), considerado alguna vez como el crítico literario en la prensa periódica más influyente del primer tercio del siglo XX⁵. Con el pseudónimo de «Andrenio», Gómez de Baquero se había convertido desde 1901 en el crítico «titular» del madrileño *El Imparcial*, en sustitución de «Clarín», fallecido en ese año. Fue, igualmente, crítico regular de *La España Moderna* (1889-1914). La reseña de «Andrenio» es la única de las que se escribieron sobre *Poemas...* que tuvo un contenido casi completamente desfavorable. Nada tiene ello de extraño, conocida como es la

incomprensión de Gómez de Baquero hacia la poderosa renovación de los lenguajes poéticos que la lírica hispánica experimentó desde el modernismo, razón por la cual ha sido «Andrenio» tenido por el último representante de la crítica decimonónica.

Alude nuestro crítico en su comentario a la expresión «todavía algo vacilante y defectuosa» de los poemas de Morales. Aunque sobresalen las ‘Rimas sentimentales’, dice, «por su ternura y por la delicadeza de los sentimientos que expresan», y aunque entre los poemas del mar hay algunas bellas composiciones, como «Marinos de los fiordos...», «Puerto de Gran Canaria...» y otras, en éstas se advierten —asegura— «algunos descuidos de lenguaje». Cree incorrecta la expresión «noche calina» (del último de los poemas citados) porque «En castellano eso no significa nada y dudo que el autor haya querido escribir ‘calinosa’, puesto que nos describe una noche serena y despejada». (Ocasión, sin embargo, iba a tener «Andrenio» en 1919 de advertir el eco de la expresión «noche calina», al hablar Valle-Inclán reiteradamente de «tarde calina» en su libro *La pipa de kif*). Por otra parte —y la opinión de «Andrenio» es, también en este punto, una excepción—, estima nuestro crítico que algunos de los poemas están «mal acentuados», lo que los convierte en «duros y premiosos» a causa de su «falta de lima». Concluye Gómez de Baquero diciendo que hay también en los *Poemas...* «algunas otras composiciones de un vago lirismo, casi sin sentido preciso. Es como una embriaguez de la música interior del alma que no cuaja en pensamientos ni en sentimientos determinados: que balbucea en un lenguaje misterioso».

También en Canarias, entretanto, continuaban los ecos de la publicación del libro. Domingo Doreste, «Fray Lesco» (1868-1940), saludaba al nuevo poeta en el diario *La Mañana* de Las Palmas de Gran Canaria del 2 de julio. «Tomás Morales —escribe— ha venido con buena estrella al mundo de las letras», porque «Salvador Rueda le anunció desde hace meses no sólo como una esperanza, sino como un artista definitivo». Como paisano del autor, declara Doreste sen-

tirse «enorgullecido», porque los canarios «Tenemos un alma distinta, aunque no diversa, de cada una de las regiones españolas». A partir de las palabras de Rueda según las cuales Morales «traía a la poesía española la visión del mar»⁶, establece a continuación nuestro crítico una curiosa teoría acerca de lo «castizamente canario» de la «sentimentalidad marina, de barcarola», pues «El espectáculo único de nuestra tierra es el mar», un espectáculo que «Nos absorbe y en cierto modo nos tiraniza». El mar «ha poblado nuestra imaginación de ensueños y ha comunicado a nuestros sentimientos una vaguedad característica», e «Influye hasta en nuestra voluntad». Al mar debemos quizá —sigue argumentando Doreste— «nuestra nativa inaptitud para toda clase de lucha». Una «inconsistencia sentimental», en fin, que de todos modos puede «ser fuente de alta poesía, aunque dudo que pueda producir una extraordinaria genialidad de poeta», porque «Es demasiado muelle y nos hace demasiado receptivos. ¿Pero acaso no hay también buenos poetas meramente receptivos? Morales quizá vaya a ser uno de ellos.» Para Doreste, los *Poemas de la gloria, del amor y del mar* representan un «primer paso... muy loable», aunque «el alma del poeta», aún «indecisa», ofrece únicamente «primicias poéticas» que «no son más que un esbozo y una tentativa». El sentimiento del amor, «tal como lo desflora [el poeta], vacila entre lo imaginativo y lo voluptuoso. No me ha sido dado admirar en Morales un arranque lírico de primer orden en punto a sentimientos eróticos, y creo que en esto no hemos de descubrir al poeta.»

Cosa distinta es el sentimiento de la naturaleza: «Es verdad que en su primer libro no nos da sino sencillas acuarelas; pero en ellas se advierte una notable potencia descriptiva y, sobre todo, un sentimiento delicado y sincero del paisaje. Morales percibe admirablemente el alma de las cosas, sobre todo cuando las contempla en reposo. Diríamos que su inspiración es estática.» (Díez-Canedo había hablado por su parte, recuérdese, de una «clara y precisa visión de la poesía de las cosas».) No podía faltar el elogio de los 'Poemas del mar', pero con un interesante matiz: «Las poesías inspiradas en el

mar me parecen más bellas que las que tienen por objeto la vida en el mar». Las estrofas de «Silencio de los muelles en la paz bochornosa...» le parecen a Doreste «insuperables». Posee Morales «una técnica poética nada vulgar», así como un vocabulario «saneado, sin caer en el enrevesamiento, que es tan propio de los poetas afanosos de originalidad». Concluye «Fray Lesco» con esta observación:

No puedo disimular un recelo. Yo quisiera que Morales no escribiera en Madrid, a lo menos que no escribiese para Madrid. Mucho influye en el poeta el lugar donde vive. El ambiente madrileño produce, cuando los espíritus no reaccionan enérgicamente contra él, un arte de salón: elegante, sí, pero más convencional que profundo. Morales puede aspirar a algo más que a entretener y agradar. Es un verdadero poeta y lleva además vencidas las dificultades técnicas de su arte. Está en camino.

El 5 de julio, en el madrileño *Diario Universal*, «Fantasio» (pseudónimo que, por el momento, no hemos podido identificar)⁷ da a conocer sus impresiones sobre el libro bajo el título de «La Semana Literaria. *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar*, por D. Tomás Morales». Una peculiar idea de lo «modernista» preside el artículo de «Fantasio», pues después de afirmar que al poeta canario —«un verdadero poeta», aclara— «no se puede otorgar el vacío calificativo de *modernista*», asegura que «el Sr. Morales se limita a ser un poeta de inspiración muy moderna, enemigo de las frases hechas y de las imágenes manidas, cultivador perfecto de formas tan clásicas como la del soneto». Añade «Fantasio» que la escuela poética iniciada por Rubén Darío («movimiento reformador, y por lo tanto revolucionario») «va llegando a su madurez, por cuanto de ella han salido ya poetas muy notables, que, indudablemente influidos por el fundador, no se parecen sin embargo a él más que en cuanto unos y otros van arrastrados por la misma corriente espiritual: una corriente de elevado aristocratismo, de puro amor a la belleza, de odio a la vulgaridad vacía y ramplona». El articulista salía aquí al paso de ciertos críticos (sobre todo de Larroder, crítico de *Las Novedades*, al que cita) que condenaban las «extravagancias» de los líricos modernistas. Sos-

tiene «Fantasio» que en algunos de éstos, «y de los más caracterizados», cabe advertir «ciertas tendencias hacia la forma francamente clásica». Uno de esos poetas es, para nuestro crítico, Tomás Morales.

Una vez más, «Lo mejor del libro, ... aquello en que menos se notan influencias y vacilaciones, es la parte titulada ‘Poemas del mar’, una serie de sonetos... magníficos». Morales «posee en grado notabilísimo la facultad de evocar con muy sencillas frases todo un paisaje», porque, «huyendo de la descripción, se limita a recordar aquello que de su pasada visión le parece más característico, más saliente»: “Puerto de Gran Canaria, sobre el sonoro Atlántico”. Todos los cantos al mar son como este soneto... tan evocador en su suave gravedad de ensueño, tan hondamente musical, que parece como que en él la música viene de dentro afuera, del espíritu a la forma.» Y continúa: «Hay ocasiones en que los versos del Sr. Morales nos conmueven profundamente. Porque es don de este poeta unir en mezcla justa y delicada un gran sentimentalismo y una extraordinaria modernidad. Así, por ejemplo, el soneto “Es todo un viejo lobo: con sus grises pupilas...”».

Para «Fantasio», «El resto del libro es bueno también. Incluso en la primera parte, pueden citarse dos o tres rimas... de muy singular belleza, especialmente alguna en que recuerda el autor sucesos de su infancia». Sin embargo, «No es posible otorgar a esos ‘Poemas del Amor’ y a los de la ‘Gloria’ aplauso tan incondicional como a los del ‘Mar’». Y dice la razón:

Las influencias y reminiscencias que en éstos apenas se notan ante el caudal de vida que los anima, aparecen claras, perfectamente definidas en el resto del libro. Rubén Darío, en primer lugar, y después, y muy especialmente, Díez-Canedo y Andrés González-Blanco, y algo también Villaespesa, han dejado allí señales inconfundibles de la sugestión que ejercieron sobre el espíritu del Sr. Morales. Y en cuanto a los extranjeros... Dice... el señor Morales, al comienzo de una composición: «Esta tarde he leído a Rodenbach...». Y, en efecto, debió de leerlo aquella tarde, porque de él quedó huella profunda en la poesía. Además, ha leído a todos los otros poetas que son y han sido manantial fecundo de inspira-

ción para nuestros jóvenes líricos. Todo ello no es grave. El Sr. Morales, dada su juventud, forzosamente había de parecerse a alguien... El tiempo se encargará de darle la independencia y la originalidad. Por lo menos, eso hay derecho a esperar de un hombre que... ha hecho un primer libro que ya le hace acreedor al dictado de buen poeta.

Si se deja aparte el nombre de Rubén Darío, los poetas citados por «Andrenio» no aparecen en ningún otro de los comentarios críticos que sobre el libro se escribieron. El reseñador parece confundir cierto espíritu poético de época (en el que coinciden todos esos nombres y otros más, sin olvidar al mismo Fortún) con efectivos «influjos» literarios. Otras observaciones de «Andrenio» resultan, con todo, de gran interés, especialmente la relativa a esa música de los versos de Morales «que viene —dice— de dentro afuera, del espíritu a la forma».

En el diario *La Ciudad* de Las Palmas de Gran Canaria del 17 de julio publicó el malogrado Manuel Macías Casanova (¿1890?-1910), bajo el escueto título «Tomás Morales», la que es sin duda una de las mejores reseñas de nuestro libro. Escrita «a vuelapluma», dejando para ocasión más propicia un estudio detenido, serio y reposado de los *Poemas...*, Casanova quiere tan sólo, de momento, «cumplir con un deber de gratitud, de amor y de admiración». Alude a las críticas del libro ya publicadas. «Ha faltado —dice— ... la voz de la juventud proclamando la gloria del autor de los ‘Poemas del mar’: ahí va la mía».

Como Rodríguez Figueroa y González Díaz, Casanova conocía a Morales por los poemas que éste venía publicando en la *Revista Latina*. «Fui —reconoce el articulista— de los primeros en sentir el hechizo de sus versos.» Este «poeta original y vigoroso» le pareció «más que una esperanza bien fundada, una consoladora y hermosísima realidad», porque Morales «Traía al campo de nuestra poesía aires de renovación y brío». Subraya, a continuación, su espíritu atlántico: los versos del poeta canario son «como las emanaciones saludables de las algas marinas secándose al sol, sobre la arena de la playa, salu-

dadas por el murmullo adormecedor de las ondas», porque «la poesía de Tomás Morales es, antes que nada, eso: como una ráfaga de aire bienhechor, como del mar». A su juicio, «En la moderna lírica española no hay nada que supere a sus composiciones inspiradas en el océano; solamente el prodigioso Salvador Rueda podría, sin temor, ponerse a su lado».

Aunque en el libro hay «unas páginas, las primeras, dedicadas en parte a los recuerdos de la niñez ... juveniles, espontáneas, emocionantes», esta sección «no es, ni mucho menos, la mejor, pero no merece el olvido, casi absoluto, en que la han dejado algunos críticos»; y es que, entre otras cosas, hay en esas estrofas un «marcado sabor “interior”». Con incuestionable sagacidad, el crítico subraya cómo en los «grandiosos e insuperables» ‘Poemas del Mar’

el mismo sabor persiste, esencia de un lenguaje que es la expresión de un sentir muy íntimo, muy de los hondones del alma, de una adoración casi mística. Mirad que Morales no es tan objetivo como pudiera parecer a los que le lean y estudien superficialmente... El artista es, en primer lugar, un explorador y un adorador de su alma, ésta debe ser su libro favorito, el huerto en cuyo cultivo debe esmerarse y, por tanto, el subjetivismo su cualidad más sobresaliente. Solamente los grandes espíritus subjetivos lograron llegar a las cumbres del Arte... Tomás Morales es subjetivo en grado eminente, pero sabe ser objetivo al mismo tiempo. Estas dos cualidades existen en él en completa armonía —ya que no son enemigas— sin que ninguna de las dos empañe el brillo de su compañera.

Se trata, dice Casanova, de un subjetivismo «sin idolatría», que llega a una «realización del ideal completo». Reconoce, sin embargo, como la mayor parte de los reseñadores, que «Lo mejor del libro, hermoso del principio al fin, son los ‘Poemas del mar’». Para él, «La visión del mar que a la literatura trae este paisano nuestro es ancha, exacta, sincera»: «no conozco, ni creo que la haya, otra más real ni que más profundamente produzca una tan exquisita sensación de verdad». Como «Fray Lesco», aunque en términos muy distintos, Casanova habla también de la sensibilidad marina del isleño: «Todos los

isleños somos más hijos del agua que de la tierra. El mar ... se extiende ante nuestros ojos y nos rodea..., el mar [se ha convertido para Morales en] pasión poderosa, en culto sagrado. Del mar ha hecho su religión y su musa. Es el sacerdote de un rito extraño y bello.»

No debe sorprender que los poemas marinos de Morales hayan llevado a algunos críticos canarios a una cierta elaboración teórica, «filosófica», del sentimiento del mar en la sensibilidad insular. Tal cosa debe ser entendida como un efecto más —y, sin embargo, no de los menos significativos desde el punto de vista de la dimensión *logopeica* de la palabra poética de Morales— de la poderosa capacidad de sugestión de su universo lírico, de su visión o, como diría Casanova, de su «verdad» poética. Tampoco, por otra parte, debe ser pasada por alto la brillante observación de Casanova sobre la «armonía» de objetivismo y subjetivismo característica, a su juicio, de los *Poemas...* También había hablado de ello Doreste Silva. Pero Casanova subraya cómo el «sabor interior» define también la sección ‘Poemas del mar’.

Por su parte, Bernardo González de Candamo daba a conocer en las páginas del número de agosto de la madrileña *España* un comentario más bien superficial en el que habla de Morales como uno de los asiduos a «los tés literario-feministas-sentimentales que la bella *Colombine* ofrece a sus amigos los poetas jóvenes»; un ambiente, el de las tertulias madrileñas, en el que Morales «se destaca, entre todas esas gentes que producen una impresión de hibridismo, por su personalidad». En cuanto a los *Poemas...*, hay en el libro, afirma, «muchas reminiscencias», y «el eco de otros versos ... viene a importunarnos cuando leemos los de este poeta». «¿Qué lírico moderno —se pregunta el crítico— está libre de este mal?». Y él mismo responde: ‘Los poemas del mar’ «no se habrían escrito nunca si Rubén Darío no hubiese instrumentado su maravillosa “Sinfonía en gris mayor”»; sin embargo, «estos versos finales del libro son los mejores de él». Y el crítico concluye: «Hay un desfile de barcos y de visiones del mar que constituyen verdaderas preciosidades. Es la grandeza

marina gigantesca, tremebunda y rugiente con furia de vendaval, o amorosa y blanda y acariciadora, reducida a la miniatura de unos sonetos. Alguno de los sonetos es obra de perfección, con fino descripcionismo a lo Heredia, sin la vastedad evocadora de *Los Trofeos*.» No es la primera vez que se hablaba de Heredia a propósito de los poemas de Morales: ya lo había mencionado Fortún. En cuanto a la huella de la «Sinfonía en gris mayor», coincidía Candamo con Díez-Canedo. La conclusión de Candamo es que el libro revela a un «verdadero poeta»; un poeta, sin embargo, necesitado de «libertarse de todo lo que hoy influye excesivamente en él», de «declararse independiente». Sólo así «dejará de ser discípulo y será maestro».

Por último, entre los papeles de Tomás Morales se ha conservado el recorte de un artículo que carece de datos sobre lugar y fecha de publicación. Se titula «Poetas españoles. Tomás Morales y su libro *Poemas del amor, de la gloria y del mar*» (*sic*), y se debe a Leocadio Martín Ruiz, autor de la nota publicada en *Azul* de Zaragoza, arriba resumida. El nuevo comentario de Martín Ruiz es, si cabe, aún más ditirámico que el anterior. Después de referirse al creciente prestigio de Morales en los círculos literarios madrileños («todos., Luis Rodríguez Émbil, Andrés González Blanco, Francés, Ramírez Ángel, Fortún, Cherif, etc., convinimos unánimes en que aquel nuevo poeta traía una rápida y fuerte ejecutoria de triunfo en sus versos del mar»), el autor transcribe el soneto «Esta noche la lluvia pertinaz ha caído» como ejemplo de los «aciertos magistrales» del libro. Es el libro «de un nuevo poeta que acaso es el que esperábamos, el poeta que estuvo en nuestro presentimiento». El resto del comentario es una glosa, escrita con exaltada retórica, acerca del presente y el futuro de Tomás Morales como poeta del mar.

Las conclusiones principales a que se llega después de examinar la recepción crítica del primer libro de Morales en la prensa periódica de la época pueden resumirse en los siguientes puntos:

1. Ya antes de imprimirse el libro se había creado en torno a él una importante atmósfera de expectación en ámbitos peninsulares y

canarios. Alimentaron esa atmósfera no sólo algunos comentarios críticos sobre el libro, anteriores a la edición de éste, sino también la publicación de algunos de sus poemas en la *Revista Latina* y en la prensa diaria de Madrid (sobre todo «Yo amo el sol en el triunfo de la Naturaleza» en *El Liberal* de Madrid el 10 de abril de 1908), así como la del poema de Salvador Rueda («A un poeta futuro. Tomás Morales») en el *Heraldo de Madrid*, poema que luego se recogería en el libro.

2. Salvo contadas excepciones, se vio en el autor de los *Poemas de la gloria, del amor y del mar* a «uno de los más altos líricos de la nueva generación», una voz que constituía «la revelación de una poderosa personalidad poética». En lo que se ha llamado el «sistema estético de la poesía española» del siglo XX⁸, y en particular de su primer tercio, la obra de Morales significó la aparición de un lenguaje y una visión poética que daban al modernismo español una «voz fuerte y original». Los *Poemas...* formaban parte —según uno de esos críticos («Fantasio»)— de la confirmación y la «madurez» del «movimiento reformador, y por lo tanto revolucionario» de «la escuela poética iniciada por Rubén Darío».

3. Aunque no se desdeñaban las otras dos secciones del libro ('Rimas sentimentales' y 'Poemas de la gloria'), es en los 'Poemas del mar' donde la crítica coincidió de manera casi absoluta en advertir la originalidad de Morales. La novedad residía, para la crítica, tanto en el tema mismo como en su lenguaje.

4. La «originalidad» de Morales no significaba, sin embargo, que no se observasen en los 'Poemas del mar' ciertos ecos y reminiscencias, tanto de lengua española como de lengua extranjera. Se señaló, en cuanto a la lengua española, la huella del Rubén Darío de «Sinfonía en gris mayor» (idea en la que coincidieron Díez-Canedo y Candamo) y se recordó a Heredia (Fortún y Candamo). En cuanto a influjos de otras lenguas, dos críticos (Díez-Canedo y Fortún) recordaron el nombre de Tristan Corbière ('Gens de mer'). Contra lo que podría esperarse, aunque sólo fuese por el soneto que Morales

le dedica a Rueda y por el poema de éste («El poeta futuro») incluido en el libro, ningún crítico alude a la influencia en Morales del autor de *En tropel* (la alusión de Macías Casanova nada tiene que ver con este aspecto).

5. Al hablar de los grados de objetividad y subjetividad presentes en la poesía de Morales, dos de los críticos (Doreste y Macías Casanova) aluden con ello a las dos tendencias (Parnasianismo y Simbolismo) que se relacionan con el modernismo hispánico. Para Doreste, hay un predominio de lo objetivo; para Casanova, el «sabor interior», presente en las ‘Rimas sentimentales’, impregna incluso los ‘Poemas del mar’. «No es un parnasiano, aunque algunos sonetos suyos parezcan obra de un discípulo de Heredia», comentará por su parte Fortún.

6. Con el aspecto anterior se relaciona, indudablemente, la insistencia de Díez-Canedo en la «expresión familiar» y la «sobriedad», visibles para él en ciertos poemas de Morales (por contraposición a la sonoridad solemne de un cierto modernismo español), pues la tendencia parnasiana tendía a la rotundidad escultórica del lenguaje. El libro de Morales aparecía en un momento crucial de la evolución de los lenguajes poéticos del modernismo, según ponían de relieve tanto Antonio Machado como Juan Ramón Jiménez en sus poemas de ese momento.

7. Derivación o consecuencia no irrelevante de la poderosa novedad de los ‘Poemas del mar’ de Morales y de su original visión insular-atlántica fue la necesidad de ciertos críticos canarios (luego continuada por otros críticos, especialmente Ángel Valbuena Prat) de elaborar una «filosofía» del sentimiento del mar en la sensibilidad canaria (aunque fuese en urgentes términos periodísticos). La visión poética de Morales *exigía* una aproximación de ese carácter; tal era la fuerza de su visión poética y su dimensión atlántica.

1908 no fue un año precisamente baldío en cuanto a publicaciones poéticas. En él vieron la luz *La procesión de la naturaleza y Lenguas de fuego*, de Salvador Rueda; tres libros de Francisco Villaes-

pesa: *El mirador de Lindaraja*, *El patio de los arrayanes* y *El libro de Job*, y los dos libros ya citados de Juan Ramón Jiménez, para citar sólo a los modernistas españoles. *Poemas de la gloria, del amor y del mar* fue acaso el libro mejor recibido de todos los que acaban de citarse (ninguno de ellos, sin embargo, daba a conocer como poetas a sus autores, lo que era el caso de Morales), el libro que más expectativas confirmaba y el que más esperanzas, al mismo tiempo, venía a despertar. La muy favorable recepción de los *Poemas de la gloria, del amor y del mar* situaba a Morales en una posición de privilegio en el panorama de la poesía española del momento⁹. El poeta, que entraba en una nueva y aún más ambiciosa fase de su escritura, fue muy consciente de ello a la hora de dar sus siguientes pasos. Pero esto es otra historia.

NOTAS

- 1 Se ha ocupado de ellos, brevemente, S. DE LA NUEZ en el vol. I de su *Tomás Morales. Su vida, su tiempo y su obra*, La Laguna, 1956, especialmente pp. 152-160 y 169-173. Los artículos de Carmen de Burgos y de Fernando Fortún han sido parcialmente reproducidos en T. Morales, *Las Rosas de Hércules*, Islas Canarias (*sic*), 1990, pp. 54-55. Por otra parte, el lector interesado puede acudir a la transcripción total o parcial que de siete de los dieciséis artículos que aquí comento —los de B. G. de Candamo, E. Díez-Canedo, F. Fortún, «Silvio Lago» (J. Francés), «Fray Lesco» (D. Doreste), «Andrenio» (E. Gómez de Baquero) y M. Macías Casanova— se hace en el apartado «La recepción coetánea» del libro editado por M. GONZÁLEZ SOSA *Tomás Morales. Suma crítica*, La Laguna, 1992, pp. 177-197.
- 2 Morales colaboró con poemas en la *Revista Latina* desde su primer número (septiembre de 1907); véase JENARO ARTILES, «Tomás Morales en la *Revista Latina*», *El Museo Canario*, 89-103 (enero-diciembre 1966-1969 [1971]), pp. 77-125. Sobre Guillón Barrús, véase S. DE LA NUEZ: «Luis Rodríguez Figueroa, el hombre y el poeta (1875-1936)», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 25 (1979), pp. 83-136.
- 3 Así en el texto. El título del libro, de sabor danunziano (recuérdense los *Laudi del cielo, del mare, della terra e degli eroi* de D'Annunzio), no estaba aún, a lo que parece, decidido en la forma que finalmente adoptaría. En el núm. 1 de la *Revista Latina*, el título se anunciaba como *Poemas del amor, de la gloria y del mar*.

- 4 A. W. PHILLIPS comenta esta reseña en su artículo «Fernando Fortún: su obra y su persona», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XL, 2 (1992), pp. 823-842. Véase también J. M. BONET, «Tras la sombra de Fernando Fortún», *Fin de Siglo*, 9-10 (1984), pp. 41-52.
- 5 Sobre este influente crítico, véase J. M. PÉREZ CARRERA: *Andrenio. Gómez de Baquero y la crítica literaria de su época*, Madrid, 1991.
- 6 Rueda había escrito exactamente en *España Nueva* que Morales «trae la visión ancha y fuerte de la vida del mar».
- 7 A esta reseña de «Fantasio» alude Fernando Fortún en una carta a Tomás Morales del 1 de agosto de 1908: «Lo de *Fantasio* me pareció casi todo muy gracioso, sobre todo el final». No parece seguro que el madrileño y el canario conocieran la identidad del reseñador. Véase MARTÍN DE LAIRAGA [Manuel González Sosa]: «Una carta de Fernando Fortún a Tomás Morales», *Canarias* 7, 10 de diciembre de 1989.
- 8 AULLÓN DE HARO, P.: *La poesía en el siglo XX (hasta 1939)*, Madrid, 1989, p. 61.
- 9 Además de las que se han comentado, vieron también la luz las notas «Tomás Morales Castellano», sin firma (*La Defensa*, Las Palmas de Gran Canaria, 17 de junio de 1908); «Tomás Morales», por Pedro Schwartz (*La Opinión*, Santa Cruz de Tenerife, 4 de julio de 1908); «Crónica literaria. *Poemas de la Gloria...*», por Gabriel Luna, y «Canarios que triunfan. Tomás Morales», por Adolfo Febles Mora, estas dos últimas conservadas entre los papeles de Tomás Morales y sin expresión de lugar ni de fecha de publicación, datos que hasta el presente no nos ha sido posible completar (la de G. Luna se publicó en *El Pueblo*, según se desprende del texto mismo). Se trata de notas escritas sin propósito crítico.